

CERTAMEN DE RELATO BREVE "RAIMUNDO ALONSO" UN METRO DE 350 PALABRAS



**Relatos premiados en el Concurso
de Solidaridad Obrera y Traficantes de Sueños
2013 - 2017**

Certamen de relato breve

Raimundo Alonso

*Un metro de trescientas-
cincuenta palabras*

Relatos premiados entre 2013 y 2017
en el *Certamen* de la Sección Sindical de
Solidaridad Obrera en el Metro de Madrid

Este es el tercer volumen dedicado a la edición de los premios del Certamen de Relato Breve que la Sección Sindical de Solidaridad Obrera de Metro de Madrid organiza anualmente. Concretamente está dedicado a lo acontecido entre los años 2013 y 2017.

Quince años han pasado desde que allá en el 2003 se diera la señal de salida a toda una trayectoria que se nos antoja, en perspectiva, fecunda y emocionante, así como llena de colores y matices.

Una ilusión que un año tras otro ha dado paso a otra ilusión, a una nueva historia y a la magia de renovar cada encuentro con la palabra.



Edita: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra y su difusión telemática o por cualquier otro medio, siempre que no sea con fines de lucro

Edita:

Confederación Sindical Solidaridad Obrera

C/ Espoz y Mina, 15 - 28012 - Madrid

Teléfono: 91 523 15 16

Móvil: 610 078 090

Web: www.solidaridadobrero.org

Correo: soliobrera@gmail.com

Facebook: facebook.com/Soliobrera

Twitter: twitter.com/SoliObrera

Fecha de esta edición: Septiembre de 2018

Depósito legal: M-29150-2018

ISBN: 978-84-09-04711-6

Impresión: Líberis

Dedicado a todos aquellos que luchan por la libertad
y la emancipación de la clase trabajadora

*Los libros son las abejas que llevan el polen de
una inteligencia a otra.*

James Russell Lowell
(1819 -1891)

Introducción

Una vez más, editamos un libro recopilando relatos breves premiados en el *Certamen de relato breve Raimundo Alonso*. En esta ocasión desde el 2013 al 2017.

El cantante “Nach”, en una de sus canciones titulada “Efectos vocales”, donde sólo utiliza la vocal “a”, comienza diciendo: *Trabaja, plasma las palabras, haz las balas...* Balas, que en los relatos que hemos premiado han venido cargadas de compromiso, de historias cotidianas con finales más o menos felices, de dramas existenciales, de tramas futuristas del mundo después de un cataclismo, de atípicas historias de amor romántico, relatos que hablan de conflictos o que sencillamente nos regalan unas cuantas líneas de humor.

Nos gustaría agradecer desde Solidaridad Obrera a todos los que habéis participado en el *Certamen* con vuestros escritos, hayan sido premiados o no, es lo de menos... En lugar de “lo importante es participar”, hoy diremos que “lo importante es escribir, crear y compartirlo”.

Agradecer a Traficantes de sueños el montar todo esto con nosotros y la labor que realizan.

Y finalmente quería acordarme muy especialmente de nuestro compañero y amigo Nacho Cabañas Magán fallecido justo antes del último *Certamen*.

Percibo el dolor que causa su pérdida en mis compañeros, y veo cómo se iluminan sus ojos cuando hablan de él, es más que suficiente para saber que era un gran tipo. Gracias por tanto Nacho y hasta siempre!

Alberto Ruiz de Agustin

Año 2013

Certamen de Relato Breve

"Raimundo Alonso"





Primer Premio:

“Furia de titanes”

Elena Diego-Madrado Zarzosa

Príncipe Pío, línea 6. El tren entra en la estación. Me estiro intentando sobrepasar las cabezas que llenan el vagón y que me impiden ver cuál es la situación en el transbordo a la línea 10.

La apariencia es de tranquilidad. El último convoy se acaba de ir y el siguiente se anuncia a cuatro minutos. Hoy parto con ventaja.

Me sitúo. Hago lecturas de las distancias métricas pintadas en las paredes del túnel, y busco mi referencia, P203, la puerta abre aquí, el suelo, más desgastado en este espacio de apenas metro y medio, lo demuestra. Aquí nos agolpamos, nos medimos y nos rozamos, esto en el mejor de los casos, ya que en oca-

siones el rozamiento, por su dureza, podría calificarse como agresión.

Dos minutos.

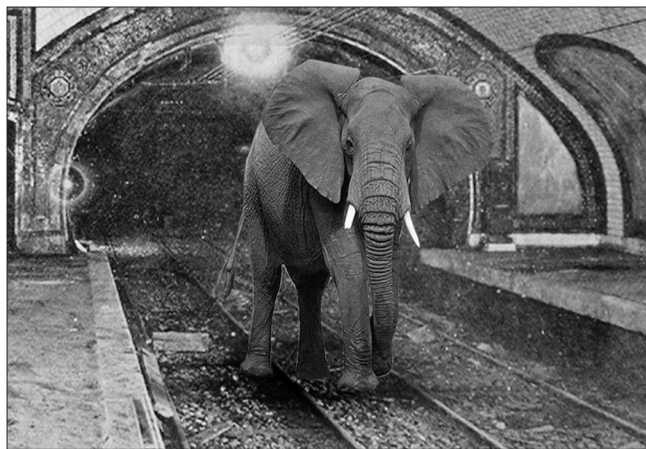
Un torrente de viajeros se desborda por las escaleras y pasillos. Vienen de los autobuses que los traen de la periferia. Desfilan por el andén. Observo mi posición, cubro bien los flancos y... ¡crezco!, hinchándome cual fiera lista para el ataque. Estoy en primera línea y rodeada.

El panel anuncia que el tren va a efectuar la entrada en la estación. Recibo el primer aviso por la izquierda. Un roce leve. Me giro, busco a mi rival y nos medimos con la mirada. Los que nos rodean hacen lo propio, todos sabemos de qué va este juego. No puedo despistarme, cualquier flaqueza será aprovechada por mis rivales. Todos los sentidos en alerta, preparados para una respuesta rápida.

La corriente de aire precede a la luz y al sonido del tren, y en esos breves momentos de estruendo, paradójicamente, se oye el silencio.

El tren entra y se estaciona. Abre las puertas. Estoy en el centro, hoy saldré victoriosa. Entro al vagón apoyándome en mi pie izquierdo...pero ¿Qué ocurre? Me adelantan por la derecha, los de atrás aprovechan para empujar, el rival más directo, el de la izquierda, irrumpe con su mochila, propinándome un golpe que le hace vencedor del desafío de unos minutos atrás. Pierdo los nervios, descontrolo la situación, ME QUEDO SIN ASIENTO.

Correlimos menudo



Segundo Premio:

“Tampoco ellos se lo creían”

Jesús M. González Lanáquera

Un metro de 350 palabras

-Antiguamente pasaban cosas muy raras en el metro. La más extraña de todas fue cuando se metió un elefante en el túnel.

- ¿Un elefante en el túnel?

-Como lo oyes. Fue antes de la guerra. El primer tren que abría servicio desde Ventas se lo encontró una mañana entre Retiro y Banco de España. El conductor y el jefe de tren se llevaron un susto tremendo, imagínate.

- Pero ¿cómo puede meterse un elefante en el túnel?

-Esa es la misma pregunta que se hicieron entonces los ingenieros y los jefes de la Compañía.

-Pues yo no me lo creo.

-Tampoco ellos se lo creían. Pero allí tenían al elefante.

-Bueno, supongo que se trata de una leyenda urbana.

-Para nada. Mi abuelo era el jefe de estación de Banco cuando sucedieron los hechos. El jefe de tren y el conductor llegaron a su cabina gritando despavoridos. Mi abuelo les sentó en unas sillas y les vertió el agua helada del botijo en la cabeza, para que se despejasen y dejaran de ver visiones. Apestaban a brandy. Entonces se bebía mucho en el metro, de buena mañana, ya sabes.

-Luego estaban tocados.

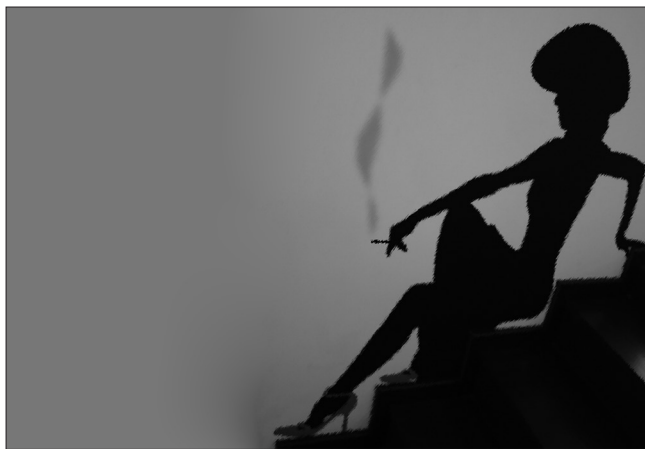
-Quizá, pero de todos modos en el túnel había un elefante, ese era el verdadero problema, y no el otro. Porque el paquidermo no podía evaporarse, aunque ellos hubieran sido abstemios.

- ¿Y en qué quedó la cosa?

-Encendieron las luces del túnel y vieron los tres al animal. Y entonces mi abuelo hizo un disparate: telefoneó a la taquillera de Retiro, en donde estaba la Casa de Fieras, para preguntarle si había visto entrar a un elefante. Esta le respondió que sí, y que el bicho había sacado su billete hasta Quevedo. Mi abuelo encajó mal la broma y ella le mentó a su madre, es decir, a mi bisabuela.

- ¿Y vio alguien más al elefante?

-Los jefes de la Compañía, pero ya lo vieron muerto. Seguramente estaba enfermo. Era costoso y complicado sacarlo del túnel, de modo que lo depositaron en una antigua galería en desuso que luego cegaron con ladrillo. Así me lo contó mi abuelo.



Tercer Premio:

“Sólo se escucha la lluvia”

Anaïs Montero López

Sólo se escucha la lluvia. Permanece sentada al borde de la escalera, sosteniendo entre los dedos un cigarro a medio fumar, sosteniendo en el pecho un alma a medio romper. Siente enlazado a su muñeca el reloj, que hace “tic”, pero no llega al “tac”. Como su corazón que hace sístole, pero no llega a diástole. Ni puede salir de su recuerdo, ni debiera estar dentro de él. Ni ama, ni deja de amar. El frío colorea de rojo sus mejillas y la punta de su nariz, como señal de que el invierno está a punto de aterrizar sobre ella. Sus ojos, vidriosos, miran sin ver, expresando únicamente vértigo, ya que en ese instante es lo único que puede sentir. A estas alturas, lo único que le apetece es escuchar una canción de tempo lento y piano triste para

sentir la carne viva de su alma arder. La gente pasa por su lado, subiendo y bajando las escaleras, y aun así siente que está completamente sola en el mundo. No puede volar porque alguien le arrebató sus alas y las desplumó, no puede soñar porque hoy en día, los sueños son caros y cada vez más difíciles de cumplir. Lo único que puede hacer es quedarse sentada en la escalera de una parada de metro cualquiera, en cualquier lugar oscuro de Madrid. Tiene que ir a algún sitio, pero ni siquiera recuerda adónde. Da una última calada a aquel cigarro que apenas tiene ya sustancia que consumir, y mientras mezcla los recuerdos con el humo que irrumpe de la figura de sus labios, se pone en pie y decide bajar la escalera. Al cruzar la puerta, la oleada de aire caliente que le estalla en la cara, hace que todos los pensamientos que hace un minuto estaban con ella en aquellos escalones, desaparezcan por completo, dejando un vestigio amargo en su pecho. Y así acaba la historia de una persona cualquiera, que se subió a un tren cualquiera y que, como el resto, pasó desapercibida entre la multitud de pasajeros que coincidieron allí. Mientras tanto, sólo se escucha la lluvia.



Cuarto Premio:

“Próxima parada: Memoria”

Juan Nebreda Torres

Llovía aquella mañana en la que tres obreros removían tierra junto a una estación de metro, en la que se iba a instalar un ascensor que descendiera hasta el andén. Allí, como todos los días, sentado en un banco próximo, un abuelo leía el periódico. De cuando en cuando, se entretenía observando a los trabajadores acometer su faena, recordando la propia cuando apenas contaba con quince años de edad.

Eran otros tiempos.

Pero aquel día gris, entre escombros, apareció un trapo extraño, viejo y desgastado. Uno de los obreros dijo:

-Parece una toalla.

Otro lo desmintió:

-Es imposible. La tela es más fina. Tal vez un mantel.

El último corrigió a los anteriores, diciéndoles:

-Es una bandera. Pero no sé de dónde.

El abuelo miraba la escena sin dar crédito. Se incorporó, fue hasta ellos y les dijo:

-Si vosotros supierais lo que significa esta bandera...; si vosotros comprendierais qué es esta franja morada...; si os hubieran enseñado a querer lo que ella representa, no consentiríais lo que os hacen, no permitiríais que jugaran con la educación de vuestros hijos; tampoco con la salud de vuestros padres. Creedme si os digo que no pararíais hasta recuperar la dignidad de vuestros abuelos. Porque ellos, los que os pagan, los que os mandan, ganaron el día que consiguieron que obreros como vosotros no reconocieran siquiera estos colores.

Y se marchó.

En silencio, dos obreros retomaron la faena. Otro miró a su alrededor, tratando de digerir lo que acababa de escuchar. De la boca del metro salía una chica con una camiseta verde para defender la educación pública. Un hombre de mediana edad, que caminaba en dirección opuesta, dejaba ver una pegatina de "Stop Desahucios" sobre su pequeña maleta. En el cielo, un helicóptero de la policía vigilaba una manifestación cercana, en defensa de la sanidad para todos.

Arreció la lluvia. Aquella gente sacó sus paraguas. Todos llevaban uno diferente, pero todos buscaban lo mismo. Que el agua no borrara los valores de aquella bandera. Y muchos, como aquellos obreros, aún no se habían dado cuenta.



Quinto Premio:

“Siguiente Parada”

Cristina Regodón Fuentes

Un metro de 350 palabras

Demasiado pronto para empezar, yo quería seguir con ella, en la cama, desayunar tranquilamente y despedirnos. Pero no podía ser. El trabajo de superhéroe tenía que empezar.

Primera parada, poca gente sube, me fijo en las caras, iguales que la mía, con sueño, y pienso que, gracias a mí, estas personas se trasladan a donde tienen que ir. Soy un superhéroe, pongo en marcha el metro de nuevo y entramos en el túnel, aquel que ya conozco desde hace años, por el que paso varias veces al día, sin ver más luz que la del final.

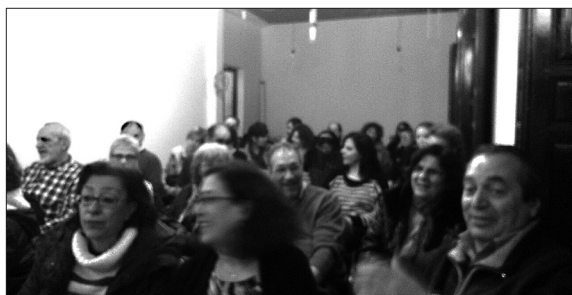
Siguiente parada, es mas tarde y la gente se agolpa para entrar, por el espejo veo músicos montando

clandestinos en los vagones, hombres con el móvil sin parar de hablar, dos chicas con carpetas que deben ir a la facultad y el chico al que las puertas cierran con la mochila en medio, me río por dentro y vuelvo a abrir las puertas y desaparece la mochila de mi campo de visión. Cierro.

Llegamos a mi parada preferida, la de mi casa, en la que yo me suelo bajar mientras otro superhéroe me trasporta. Y la veo, ella a mí no, la veo con otro. Normal, no teníamos nada serio. Pero me recorre por el cuerpo un escalofrío molesto. Esperan al pitido para entrar, pero cierro rápidamente, y miran hacia el primer vagón, como suplicantes para que les abra, pero no, no vais a coger mi metro, esperáis al siguiente que total son cinco minutos y así podéis estar más tiempos juntos. Os lo regalo.

Y sigo, con una sonrisa en la cara, siguiente parada, oscuridad y luz al final del túnel...

Año 2014





Primer Premio:
“El domador de fieras”
Jordí Navarro García

Cuando las puertas del vagón se abrieron, el abuelo se echó la mano con disimulo a su cartera de piel, el niño notó como su madre lo atraía oprimiéndole en un gesto que se diría protector, el currelas levantó la vista del Marca no sin interés y, en suma, todos los viajeros apartaron la mirada de los smartphones y la fijaron en aquel individuo. De pie, ya dentro del vagón, sonreía. Delgado, camisa blanca, corbata roja. Se le veía sano, seguro de sí mismo. Dormía bien por las noches.

-Buenas tardes, compañeros y compañeras. –El tono no era de quien pide limosna, más bien del que vacila en la barra de un bar-. Présteme atención. Nada puede seguir por este camino. La casta nos desgasta,

debemos decir "¡basta!". "¡Consuman!", nos impelen. Y con sumo desprecio nos exprimen. No bajen los brazos: nosotros, yo mismo, sin ustedes no sería nada. Quizá algo, pero no lo suficiente. No abandonen la lucha, no bajen los brazos, maldita sea. Pero deleguen, deleguen en mí. Sepan, compañeros y compañeras, que no les represento. Yo les mejoro. Soy mejor que la versión más esforzada y brillante que cada cual pueda mostrar jamás. He estudiado en Suiza, amigos y amigas. ¿El qué?, tal vez se pregunten. Comunicación, obtuve un título caro. Deleguen en mis palabras, sé hablar, sé hacer gestos. Nombraré las cosas para que su realidad se asemeje a lo que debiera ser. No importa que no entiendan, que no opinen, que no lleguen a saber. Yo les traduciré el premio y el castigo, tomaré las mejores decisiones para todos. Sólo deleguen. Recuerden: toda política que no esté hecha por mí, será hecha contra ustedes. Les amo. Recuerden eso también.

El metro se detenía en otra estación más, las puertas resoplaron al abrirse y de nuevo al cerrarse, y el cantamañanas se esfumó entre la multitud. El abuelo suspiró aliviado, hasta que notó el hueco de la ausencia de su cartera de piel: "Hijos de puta, ¡ya no esperan ni a llegar al gobierno para robar!"

Pachelbel's Canon in D



Segundo Premio:

"Mañanas"

Alejandra Galán Villamor

Y ahí está él, como cada mañana; aún no le veo, pero le escucho; es inconfundible el sonido de su violín. Y ahí viene ella, absorta en su libro, andando mecánicamente mientras hace el cambio de la línea 2 a la línea 7. He estado una semana de vacaciones, pero hay pequeñas cosas que no cambian. Hacía días que no la veía, ¿habrá estado de vacaciones? Comienzo a bajar por las escaleras mecánicas, parada a la derecha; nunca me ha gustado andar con prisas. Me hace gracia verla reír mientras lee. ¿qué libro será esta vez? Ya sí que le veo, disimulada, levantando la vista del libro. Me mira, sé que es por el canon en D mayor. Suena mi canción, ¿lo hará queriendo? Siempre me mira y me sonrío si esa es la pieza que estoy tocando en mi

violín. No puedo evitar sonreír al escuchar el canon en D mayor, y le miro, aunque él no entienda la mirada. Ella no lo sabe, pero cada mañana toco esta canción una vez tras otra porque sé que en cualquier momento aparecerá. Él no lo sabe, pero en estos momentos no leo ni una palabra del libro, aunque lo parezca; mi mente solo está en esa melodía, y en él. La conjura de los necios, me gusta ver qué libro está leyendo cuando pasa cerca de mí. Bajo las siguientes escaleras; ya no le veo, pero aún le oigo. No la veo alejarse, tengo la suerte cada día de ver solo cómo se acerca. La estación de Canal a esa hora de la mañana no sería lo mismo sin su música. En la estación de Canal solo la veo a ella, aunque sea hora punta. Y es que él no sabe lo que me llena de vida escucharle tocar cada mañana. Y es que ella no sabe lo que me llena de vida verla sonreír cada mañana.

Pseudónimo: Cayetana de Morlán



Tercer Premio:

“Luces”

María Toraño Caso

Hacía poco de la inauguración del Simulador Solar y aún no habíamos ido a verlo, así que aquella mañana la excitación llenaba la casa. Por mucho que les hubiese explicado a los peques lo que era la luz real y les hubiese llenado las paredes de dibujos de soles rechonchos y amarillos no terminaban de entenderlo. Ni siquiera Paula ni Car y eso que sólo les saco seis años. Ellas nacieron meses antes de las Nubes por lo que sus vidas han transcurrido siempre en los túneles y en casas con ventanas tapiadas. En mi familia, la única que sabe lo que es la luz del sol soy yo y lo recuerdo con la vaguedad de la infancia, con la misma nostalgia del mar.

Cuando me levanté, Paula estaba dándoles el desayuno a Iago y a Vicky que no paraban de hablar: “¿Nos

quedaremos ciegos?". "Yo no me quiero quemar". "En la clase dicen que vamos a ver colores nuevos". "¿Será redondo como en los dibujos que nos hace Pam?". Me quedé mirándolos apoyada en la puerta. Justo en ese momento Cat salió de la ducha y me dio un beso. "Va a ser un gran día", susurró.

Nos preparamos bien –capuchas, gafas, manoplas- y bajamos al portal. Nuestro edificio tiene acceso directo a los túneles así que nos ahorramos la carrera que supone salir a la calle. Los niños nos paraban de cantar y Cat y Paula empezaron a bailar. Tuve que unirme. Recorrimos las viejas vías saltando y el trayecto se hizo cortísimo. De los trenes subterráneos no me acuerdo. Eso se terminó incluso antes de que naciese yo.

Según nos íbamos acercando a la zona empezamos a notar calor y cierto resplandor comenzaba a asomar entre las curvas.

- ¿Sabéis por qué han instalado ahí el simulador? - preguntó Iago.

-Yo sí. - dijo Vichy- Nos lo explicaron en el cole. Hicieron unas excavaciones de esas para encontrar cosas viejas y apareció un cartel que ponía: "Sol".

Sonreíamos los cinco y echamos la última carrera cogidos de la mano.



Cuarto Premio:

“Hasta la muerte te esperaré”

Jacinto Avendaño Garrido

La nonagenaria anciana no sabía cómo había llegado hasta ese lugar. Siguió un camino recto y estrecho, cubierto de plantas como las que cuidaba en su jardín, y jalonado por arboles de estilizada línea y desafiantes del cielo.

La luz era tenue y se sorprendió de no haber utilizado el andador ortopédico que le había acompañado los últimos años.

Vio, a pesar de su apagada vista, una silueta que creyó reconocer.

-Manuel ¿Eres tú? Preguntó.

-Sí, soy yo, Isabel María.

- ¿Sabes? Llevo veinticinco mil ochocientos días es-

perándote, y hoy, Veinticuatro de Octubre de Dos mil ocho es el cumpleaños de tu hijo, recuerdas.

-Sí. Yo también te esperaba, y siempre he estado cerca de ti, aunque no lo vieras.

La pareja había colmado su felicidad con la llegada de su hijo y la incorporación de Manuel a su nuevo puesto de trabajo en el nuevo sistema de transporte que revolucionaría la ciudad de Madrid.

En la Compañía Metropolitana desarrolló Manuel su trabajo como conductor de convoy en la Línea 3 que se inauguró en agosto de 1936 y que en la contienda fratricida tuvo crucial importancia.

En los primeros días de enero de 1938, ocurrió el suceso trágico que separaría al matrimonio para toda su vida.

Un incendio atroz tras una explosión en la nueva Línea, hace que Manuel sea considerado como desaparecido y no como una de las muchas víctimas que hubo en la tragedia.

Con Manuel ausente, Isabel María se ocuparía del cuidado de su hijo y más adelante también de sus nietos, que de pequeños pasaban por su cama como eslabón siguiente a la cuna de madera reciclada que les hiciera su padre.

La anciana pareja camina por lugares conocidos en su juventud. Recuerda rincones en los que se besaron y calles por la que pasearon.

Llegaron a una casa que reconocían, y por la ventana del dormitorio vieron a su hijo, nietos y biznietos, llorando desconsolados junto a un féretro.

Pobres, lloran por nosotros, pero no saben, no comprenden que los dos hemos encontrado la felicidad ETERNA.



Quinto Premio:

“Sobre raíles”

Txema García Urdampilleta

Tic-tac tic-tac. Perder el tiempo. Para subir a un vagón con cientos de personas como cada mañana para perder más tiempo, con suerte sólo ocho horas. Y somos los afortunados, tiene cojones la cosa. Arrastrándonos cinco días a la semana, pensando con una sonrisa en la boca en la noche del viernes, en quedar por fin libres para beber, bailar y sudar. La Vida. La de verdad, la de conversaciones nocturnas, risas y miradas furtivas. Es invierno, llueve, todavía no ha amanecido y ya nos estamos subiendo los de siempre. El trayecto empieza en esta parada de la desterrada periferia. Enfrente de mi asiento una chica que ya a estas horas mueve los dedos rápidamente sobre la pantalla de su móvil, escuchando música a un volu-

men exageradamente alto con unos auriculares igual de exageradamente grandes. En la otra fila de asientos un hombre ya mayor pasando páginas del periódico una tras otra, con la seguridad de no estar perdiéndose ninguna noticia que no conozca de sobra, que no se lleve repitiendo durante demasiado tiempo ya. Al lado un chaval rapado con una sudadera que proclama "working class pride". Hasta eso nos han quitado estos hijos de puta. El orgullo, la dignidad, el sentimiento de pertenencia. Antes no era así. No lo era ¿verdad? No podría asegurarlo ahora mismo y nosotros, los románticos, tenemos que tener cuidado con la nostalgia y su peligro. Hace tiempo podías enamorarte quince veces en el mismo vagón antes de llegar a tu parada. Ahora tienes suerte si pasa una mañana entera sin que quieras romperle la cara al imbécil de tu jefe.

Mi estación me coge distraído, me apuro para salir antes de que se cierren las puertas y tropiezo con ella. Botas, parka azul marino u atisbo fugaz de melena pelirroja mojada por la lluvia. Mientras se disculpa sonriendo, se cierran las puertas y veo el metro irse. Una señora mayor me sonríe con complicidad, no he debido ser el tipo más sutil del mundo. Tal vez no todo sea gris. Tal vez no todo sea hormigón y luz artificial parpadeante.

Año 2015





Primer Premio:

"Un chico con suerte"

Carmen Huertas Díez

Mi hermano tiene mucha suerte. Es autista. Por eso le han comprado un portátil para él solo. En el cole, ni le mandan deberes ni estudiar y tampoco le ponen notas. Le cortan el pelo dos veces al año porque no le gusta y a mí una vez al mes, me guste o no. Y el año pasado, en Eurodisney se montó en todo lo que quiso, sin hacer ni una sola cola. Definitivamente, ¡es un suertudo!

Compartimos habitación y, cada noche, hasta quedarnos dormidos —él cogido de mi mano—, Me recita de memoria los diálogos de ToyStory. Mi película favorita. Y por las tardes, cuando acabo mis deberes, nos divertimos con La Risa Loca. Como Abel no sabe jugar a lo que yo juego, se lo ha inventado para que

podamos hacerlo juntos. Hay que decir estaciones del metro encadenadas mientras nos reímos sin parar. Gana él, porque se sabe el plano de memoria.

Tía Carmen siempre le llama para preguntarle algún itinerario.

-Abel, ¿cómo voy de Fuencarral a Embajadores?

- Fuencarrrrrral, línea 10. Próxima estación Plaza de España corrrrrrrrespondencia con líneas 2 y 3. Transbordo línea 3. Próxima estación Embajadores corrrrrrespondencia con línea 5 y cercanías Rrrrrrenfe.

¡Atención! Estación en currrrrrva al salir tengan cuidado para no introducir el pie entre coche y andén.

Se lo sabe enterito, aunque no puede viajar en él. Un día lo intentamos, pero el ruido de los trenes al entrar en el andén le asustó. Salió corriendo empujando a la gente, que le miraba con cara de espanto. "No es peligroso" —decía yo mientras corría tras él—. "Sólo tiene miedo". No hemos vuelto a hacerlo.

Ayer quise gastarle una broma:

-Abel, ¿Cómo voy de Canal hasta La Risa Loca?

- ¡No existe!

- ¿Qué no existe? Pues habrá que decirle al jefe del metro que la ponga inmediatamente.

-Si..... como Vodafone-Sol. Barrio del Pilarrrrrrrr-La Risa Loca.

¡Qué listo es! Ha cambiado de nombre nuestra estación, así puede ir a La Risa Loca sin coger el metro. Cada día me enseña algo nuevo. La verdad es que ¡yo sí que soy un chico con suerte!



Segundo Premio:

"Tres en línea"

Jesús María Gutiérrez Calzada

Me desperté acostado sobre una manta junto a mi madre. Me incorporé y creció en mi desconcierto cuando vi cientos de personas que como nosotros se encontraban tirados en el suelo. Las mujeres se tragaban el llanto mientras acariciaban a sus hijos dormidos. Los hombres en pie formaban pequeños círculos en tertulias de silencio, solo fumaban, con la mirada perdida, esperando. No se escucha una voz. El instinto me impidió preguntar nada. Mi madre me tranquilizo con su sonrisa y me apretó contra su pecho. Pasado el peligro, salimos temblorosos. En la calle se desbordaron las lágrimas y los abrazos, sabedores de que era el principio. Varios días después sonaron las sirenas y corrimos de nuevo al metropolitano. Allí conocí

a Federico, tenía siete años, apenas uno más que yo, pero parecía mayor, me sacaba dos cabezas y ya vestía pantalón largo. Armado con una tiza, se acercó y me retó al tres en línea. No me atreví a confesar que no sabía jugar y me senté con él. Me dio tres piedras y sacó con orgullo sus tres perras chicas de la suerte.

-Tú sales- me dijo.

Cuando me levanté para salir de allí se echó a reír.

-No sabes jugar, ¿verdad? -

-No- respondí avergonzado.

-Tienes suerte chaval, te va a enseñar al campeón de la República. -

Nos pasamos los días de bombardeo jugando, riendo, ajenos al miedo.

-...Lafuente por la izquierda se la pasa a Gorostiza, éste a Bata que engaña a su adversario y por la derecha Iraragorri, libre de marca, recibe y... ¡tres en líneaaaaa!- Federico retransmitía las jugadas como si fueran partidos del Athletic Club, su equipo del alma y desde entonces también el mío.

Una madrugada llegaron las bombas a nuestro barrio, las sirenas avisaron demasiado tarde. Logramos llegar al refugio entre el caos. Esperé junto a la estrella de tiza, pero Fede no apareció.

-Estará en otra estación- me animó mi madre con una sonrisa.

Asomado al borde del andén, tengo ochenta y cinco años, tres piedras, y una tiza y un sueño:

Reencontrarme con Fede y retarle a la final.



Tercer Premio:

“El pensador de Rodín”

José Luis de la Morena Villoría

Le gustaba observar la fauna madrileña. Sentado cerca de la boca de Metro de Sol, la que está enfrente de La Mallorquina, su oficio de estatua viviente, El pensador de Rodin, le ofrecía tiempo de sobra para mirar e, irónicamente, para pensar.

Miraba como de las tripas de Madrid salía triste. Los tiempos habían sido y eran malos; la crisis, la corrupción y el paro parecía que se habían llevado algo más que lo meramente material. De repente, apareció la sonrisa salpicada por ruido de niños de su mujer, que le decía unas horas antes que todo iría bien mientras le ayudaba con el disfraz.

Mirando la salida alborotada de caras serias y tristes

del Metro, pensó en lo malvado que hay que ser para robar un alma, si no muchas. Pero el hombre tiene la capacidad de sobreponerse. Se le vino a la mente la escena de la película Amanece que no es poco en la que el actor Manuel Alexandre gritaba - ¡Señor Alcalde, todos somos contingentes, solo tú eres necesario! -. No podía estar menos de acuerdo. Todos somos necesarios, todos.

El sonido de una moneda en su plato le saco de sus pensamientos.

¡UNETE A LOS GRUPOS^{DE}
BIENESTAR CIUDADANO
DE TODAS LAS ESPAÑAS!



Cuarto Premio:

“Segunda persona del singular”

Manuel Fernández Suarez

Un metro de 350 palabras

Ibas incómodo, disimulabas naturalidad. Se veía que querías aparentar normalidad, pretendías ir como siempre habías ido.

No recuerdas cuando comenzaste a llevar camisetas reivindicativas. ¿mil novecientos noventa? Es posible. Antes notabas que llamabas la atención solo cuando los pasos te llevaban por el barrio de Salamanca o zonas especialmente burguesas.

Nada comparable con lo que sucede ahora. Desde que el gobierno de Ciudadanos C’s tomo el poder, en solitario, todo cambio. Estas harto de ver sus grupos de bienestar ciudadano con su vestimenta naranja vigilando a todas horas y por todos lados.

Hoy llevas una camiseta antinuclear que te pareció menos comprometida y que creías que no provocaría su ira. Sin embargo, mira cómo te rodean en el andén para que nadie te la vea; observa sus miradas de alerta máxima de peligro antisistema, y eso que estas en la línea 1, la de más baja exigencia según decreto el Gobierno.

Ya ni se te ocurre ponerte la de Libertad Sindical, ni la de anticárceles o la de solidaridad con el pueblo palestino. Ya tienes antecedentes intolerantes y no soportarías quince días formando parte de las patrullas de bienestar, y no es lo peor vestirse con esa indumentaria naranja, lo peor es que, a pesar tuyo, terminas mirando a los demás como ellos te están mirando a ti ahora mismo.

Puente de Vallecas, has llegado al fin, la patrulla te acompaña a la salida, no han avisado a la patrulla de barrio. La antinuclear no está considerada peligrosa en Vallecas. Respira.... Eres libre.



Quinto Premio:
“Un día cualquiera”
Juan Carlos Magán Fernández

Por indefinición, el amor, es una puerta que se abre de un vagón de metro, esperando a que la atraviesen unos ojos que te buscan y que te encuentran.

Es una boca perdida, en la nada, de metro, que escupe al ángel que esperabas, incansable, y que sube desde los infiernos de negros túneles subterráneos.

Es un roce de manos desnudas, de la mujer con la que sueñas, y con la que no despertaste, pero que se apea en tu misma estación, siempre, cada día, a la misma hora. Es, ese preciso instante.

Por indefinición, el amor, es un andén sin despedidas, en el que dos amantes se funden, incapaces de olvidarse.

Es una sonrisa devuelta que, en aquel cruce de escaleras mecánicas entre distintas líneas, por mirarle fijamente a sus ojos, finalmente ganaste.

Es un pasillo donde, irremediablemente, bailamos nuestra canción que, ese músico, en propia versión, interpreta.

Por indefinición, el amor, es un ciego que, todas las mañanas reconoce el perfume que lo guía, el tacto suave que lo reconstruye, y el timbre, de la inconfundible voz, que le desea los buenos días, de una mujer, la del vestíbulo, cuyo cuerpo se imagina. Y que se marcha anhelante.

Es una pareja de ancianos, felizmente casados, agarrados de la mano, esperando un tren que ya pasó, y que no reconocen, que les devolvió sus cuerpos setenta años más viejos, mientras miran a dos veinteañeros enamorados que acaban de subir al mismo tren al que ya subieron hace medio siglo.

Por indefinición, el amor, son unos versos rotos que se arrojan desde el voladizo del andén a las vías, en un vano y cobarde intento de fuga por medio del suicidio, con la loca esperanza de olvidar, para siempre, a quien fueron escritos, aquella noche, bajo una tenue luz de vela. Pero, estos, ascendiendo como globos de helio, se elevan más allá de la catenaria para no ser arrollados, cuando, en una estación sin cobertura, suena milagrosamente el teléfono, y es ella con un:

- "Maldita sea, ¡Te amo! Y, ¿por qué no decirlo?... indefinidamente".

Año 2016

*Certamen de
Relato Breve*

"Raimundo Alonso"





Primer Premio:

“La próxima estación”

Rafael Valero Iglesias

Un metro de 350 palabras

El frío día acompaña mis pasos por las calles de la ciudad. Rara vez se ve el cielo azul; aunque no haya nubes, los humos se encargan de ocultarlo. La hoja del almanaque, reminiscencia romántica del pasado, marca el 17 de noviembre de 2087.

Saltando vallas y muros, correteando calles desiertas y sucias, atravesando plazas y eriales que en su tiempo fueron jardines, me dirijo a las escaleras, ocultando disimuladamente mi rostro a las cámaras de la ciudad video vigilada. El sonido de los motores de los drones y vehículos policiales altera el silencio de la ciudad dormida. Sólo las luces en los edificios delatan la presencia humana.

Desciendo rápido por las escaleras ocultas tras una puerta disimulada y llego al túnel sombrío del Metro. Es un camino conocido, aunque sólo por algunos, unos pocos; la mayoría de la gente sólo conoce su existencia por los documentales históricos de la televisión oficial.

Mi optimismo nervioso hace que mis pasos se muevan rápidamente. Recorro los túneles hasta la estación fantasma donde decenas de convecinos empiezan a entrar en los vagones abandonados. Las decenas se convierten en centenares y cada vez hay menos sitio, rostros arrugados, mujeres, hombres, niños.

Nunca pensé que acudiría tanta gente a la asamblea.

La euforia crece según escuchamos a las diferentes personas hablar. Una sensación de estar haciendo historia nace en mi interior. Algo está cambiando, parece que despertamos del letargo de años de miedo y represión. Hay aplausos y vítores, abrazos y lágrimas. Se atisba la esperanza reflejada en los rostros.

De pronto, un sonido atronador de disparos conmueve a los presentes. Policías armados disparan contra todos, gritos, sangre, miedo, dolor. Un reducido grupo de jóvenes consigue esconderse en un escapadero del túnel suburbano. Llevan consigo la esperanza.

Toco mi vientre, siento frío, mis manos se empapan de sangre, cierro los ojos.

Próxima estación Esperanza. El viajero que a diario comparte conmigo el rutinario recorrido en el tren suburbano me despierta con una sonrisa para avisarme de que hemos llegado a mi estación.



Segundo Premio

“Sin título”

Eva Santalena Díaz

Un metro de 350 palabras

Tarde tras tarde, día tras día, mis horas se hacen interminables, el tiempo no avanza, queda estancado recordándome cada segundo, cada momento lo que soy, donde estoy, lo triste que es mi situación y lo poco que está por venir. Bajo todas las tardes al Metro, es mi fuente de distracción. Me siento en el mismo banco, a la misma hora, y en la misma postura durante exactamente el mismo tiempo, es mi fuente de penurias.

Ante los enormes publicitarios veo, observo, a esa pareja de adolescentes que se despiden todas las tardes a la salida del instituto entre besos, baile de hormonas y un gesto de “luego te llamo”, 3 personas asiáticas que descienden cargadas de rosas y luces que se distribuyen las zonas y coordinan su nuevo punto

de encuentro, ese grupos de europeos cargados de maletas, cámara fotográfica al cuello, mapa en mano y discutiendo entre ellos por la dirección a tomar, el matrimonio cincuentón que siempre tienen la misma discusión mientras corre a la siguiente estación, trabajadores reflectantes encargados del mantenimiento de la línea, 2 mochileras que caminan corriendo sin saber por qué, ejecutivos con traje y maletín conectados en todo momento a su móvil de última generación, músicos y malabaristas en busca de monedas por su arte, jóvenes raperos que aprovechan cualquier ocasión para ensayar sus nuevos pasos y mejorar sus nuevos temas, niños estudiantes, actores de teatro, madres agotadas, viajeros incansables, ricos arruinados, pobres mejorados, paseantes, vividores, soñadores... todos, todos ellos pasan ante mis ojos, ante mi mirada perdida, recordándome que es la vida, eso es estar vivo. Todos ellos son mi fuente de energía, de la que salgo a alimentarme tarde tras tarde hasta que me decida a dar el paso y salir para ser yo quien empiece a vivir.



Tercer Premio

“Triple”

Alberto de Frutos Dávalos

Balanceaba las piernas, cuando el talón de su pie derecho golpeó un bulto bajo el banco. Apartó la mochila para sondear el terreno y se topó con una cartera de piel. Sin dudarlo, Cosme se agachó para cogerla y la sopesó sin saber qué hacer con ella.

“¿Tendrá mucho dinero?”, se preguntó. Le vendrían bien unos euros para pasar el fin de semana, pues, desde el lunes, había derrochado en chuches la paga de sus padres. El azar, que le había hecho perder el metro, le ofrecía ahora su cara más amable, un rostro bañado en oro con el que podría comprar algo de ropa, música, un juego de ordenador, un par de películas y quizá un libro para Laura. ¿Daría para tanto?

Un sudor frío le humedeció la frente. Dejo pasar el metro y, nervioso, se dirigió a las escaleras mecánicas. Cuando alcanzó el vestíbulo, vigilo sus espaldas y flancos antes de sacar la cartera, y revisó, inquieto, su contenido: junto a la documentación, que indicaba que pertenecía a una tal LudmilaGrabowlsky, había cincuenta euros. En el compartimento del dinero, Cosme también encontró la copia de una carta certificada que la mujer había enviado a Cracovia esa misma semana; en el remite, figura su número de teléfono.

El chico resolvió que lo mejor sería llamarla, pero justo en ese momento una mano le cerró los ojos por detrás y le preguntó: "¿Quién soy?". Cosme se zafó de las anteojeras y se dio la vuelta. Era Laura. Vivía muy cerca de allí.

- ¿Qué haces?

-Nada, esperando a un amigo... - mintió Cosme.

-Nos vemos el lunes en clase de lengua, ¿Vale?

-Vale... -dudó el chico-. Oye, ¿te parece que vayamos al cine mañana? Ponen una en 3-D. ¡Tiene que molar! Y luego nos podemos tomar una hamburguesa...

-No sé... Esta noche tengo un cumple y me temo que mis padres no están por la labor de soltarme más pasta.

- ¡Yo te invito! – exclamó Cosme.

Dos minutos más tarde, el muchacho encestaba la cartera de Ludmila, ya sin un euro, en la papelera.

-Triple –musitó avergonzado.



Cuarto Premio:

“Sin título”

M^a Isabel Molina Sanz

...Me desperté sobresaltada... ¡Que sueño más profundo! ¡Otra vez a mi lado un desconocido!

Esto de despertarse cada día con un hombre diferente al lado se está convirtiendo en una costumbre.

No puede ser, tengo que cambiar de vida, ser más responsable y dormir más.

El hombre que está a mi lado me mira sin decir nada. ¿Cuánto tiempo llevará observándome?

Si por lo menos él estuviese dormido podría irme sin que se diera cuenta.

¡Ni me había fijado en lo guapo que es! Seguro que se llama Javier...todos los hombres guapos que conozco se llaman así.

Me separo de él con cuidado. ¡Estaba dormida en su hombro! Cuando lo hago, él se masajea el brazo como si se le hubiese dormido por mi culpa.

No me atrevo a decirle nada ¿Qué se le puede decir a una persona de la que no sabes nada? No conoces sus gustos, su edad, su vida y ni siquiera su nombre... bueno, su nombre sí...Javier.

¡Tengo que madurar! Al fin y al cabo, ya tengo veintiocho años. Como dice mi madre: "yo a tu edad ya os había parido a tu hermano y a ti".

Para disimular mi vergüenza, cojo el móvil y miro la hora... Llego de sobra a trabajar. ¡Menos mal!

Miro los whatsapp y no tengo ni uno. ¡Nadie se acuerda de mí!... tantos amigos y tantos grupos para que ninguno me mande un triste video que me haga sonreír.

Me estoy deprimiendo yo sola y aún no ha empezado la jornada.

Voy a mandar un whatsapp a Marian, que se levanta pronto. Ella es la única que me comprende; para eso están las amigas.

-Hola

-Q tal?

-Voy en el metro a trabajar, ya me he vuelto a dormir y me he despertado apoyada en el hombro de un desconocido.

-Ya te valeeeeeee!!!!

-Lo sé... Tengo que empezar a acostarme más pronto para que no vuelva a pasar

Se oye por la megafonía: "Próxima estación Henares"

-Te dejo Marian, q ya he llegado

Le lanzo un beso a Javier, que me mira asombrado y salgo del metro.



Quinto Premio:

“Abdul”

Félix Martínez Barca

Quizás llegue el día, porque llegará, que ya no le vea salir a las 6:40h. por la estación del metro, cargado de bolsas llenas de pequeñas cosas para vender, para poder subsistir.

Me saluda, le saludo. Hablamos diferentes idiomas, pero con los gestos, con miradas, nos entendemos. Él es afgano, nacionalidad española, 87 años, como reza el cartel de cartón que coloca al lado de sus cosas para vender y poder subsistir.

- ¡Buenos días Abdul!... con gestos me devuelve el saludo.

- ¿Cómo estas Abdul?... Regulín, regulan me dice con un ademán de sus manos envejecidas.

Imaginaros un sabio de más allá de oriente con barba blanca, con gorra afgana, mirada inteligente, poca estatura, de gran fortaleza y con la sonrisa siempre a punto. Cerrad los ojos y vedlo, merece la pena.

Apenas sabe castellano, yo tampoco afgano, pero nos comunicamos, siempre me quiere regalar algo de lo que vende (pilas, pelotas de tenis, abanicos, cartecillas, etc...) me ofrece lo que tiene, yo le digo: "Gracias Abdul, pero mejor véndelo". Algunas personas le saludan, le compran, le traen algo caliente en los días de frío, tiene la capacidad de transmitir sensaciones positivas con su gesto y sonrisa.

Cuando no le veo me siento preocupado, los que lo conocemos nos preguntamos: ¿sabes algo de Abdul?" No ayer no vino, me dijo que tenía médico", le veo un poco jodio. Pero pasan días y por fin vuelve y me alegra el día. ¿Qué tal Abdul?... "Regulín, regulan" me gesticula con sus manos envejecidas.

Ha cogido la buena costumbre de dar de comer pan mojado a los gorriones, lo deja a unos metros de él, y los gorriones se han acercado más y más, con la confianza de que a él no le tienen que tener miedo. Cuando Abdul no viene, los pájaros esperan, posados sobre la barandilla, hasta que se dan cuenta que hoy no tienen desayuno y se van a desayunar a otro lugar.

Llegará el día, porque llegará... que ya no nos veamos.



*Relato elegido por la redacción de
Contramarcha*

“Recuerdos...”

Natividad Pulido

Cuando entro en el túnel del metro, emerge la oscuridad, entonces todos mis sentidos se alimentan de recuerdos...

Recuerdos de un bosque esplendoroso, donde camino por la morada de los tejos, de las hayas y me acompañan el boj y el acebo. El sol se filtra entre las hojas, el musgo cubre las rocas y como un eco constante el sonido del agua...

Sonido de aguas mansas y salvajes, agua creadora de vida y de paisajes, agua de glaciares y nieves invernales saliendo y recorriendo las entrañas rocosas.

Asciendo suavemente entre cascadas, sin vértigo ni

adrenalina que me distraigan los sentidos. A veces, sopla el viento y las primeras hojas que comienzan a otoñar caen mecidas por la brisa... lentamente... canto de pájaros, zumbido de insectos... y más agua y más viento...

Me alimento y bebo del sol que calienta mi cuerpo, me invade la fuerza del agua que cae por la cascada. Sigo ascendiendo y ahora sólo el sonido de las pisadas en la alfombra otoñal... de vez en cuando oigo los bastones de los senderistas golpeando en las rocas, entonces me detengo para contemplar y sentir los olores, los colores, los sabores...

El bosque, antes frondoso, da paso a grandes claros donde las hayas alcanzan su edad centenaria, con sus ramas abiertas como brazos protectores. Hayas heridas por manos de cretinos, con cicatrices perpetuas en sus troncos que me llenan de dolor.

El río poco a poco aparece a mis pies, rocas geométricas en forma de prismas perfectos se escalonan facilitando el descenso del agua. Rocas nacidas en los fondos marinos y plegadas hasta emerger... Paisaje que crearon dos grandes escultores: el hielo de un glaciar y el agua de un torrente.

Según me acerco a la luz de la estación, más recuerdos... alguien dice... ¡mirar la luna! ... y allí está la señora de la noche. Saliendo poco a poco, muy despacio, con un traje anaranjado que lentamente cambiará por un blanco luminoso.

El sonido del silbato me devuelve de nuevo a la realidad y mezcla los sonidos... murmullo del agua, murmullo del viento, murmullo de la gente.

Año 2017





Primer Premio:

“Salida de emergencia”

Lidia Luna Rodríguez

Son las 6:15 de la mañana, un día más. Te paras en el andén. Despeinada y con ojeras, piensas. Nadie debería ir a trabajar a estas horas. Cierras los ojos. Sonríes por fuera para hacerlo también por dentro, como aprendiste en el curso de meditación. Imaginas que estás al borde de un muelle, Esperando un barco que te llevará al otro lado de cualquier océano.

Escuchas al piar de un pájaro; alzas la cabeza, lo ves atravesar la bóveda y te preguntas si sabrá salir de esta gran jaula. Leíste en algún sitio que la mayoría muere en el laberinto de túneles. ¿Tanto costaría habilitar salidas de emergencia para ellos?

Se acerca una luz redonda, cotidiana y con ella el

sonido metálico, cada vez más intenso, de convoy. Esperas a que se detenga del todo, das un paso largo para "no introducir el pie entre coche y andén." Al entrar te sobresalta tu propia imagen reflejada en el cristal de la puerta: despeinada y con ojeras, no hay forma, Te atusas el pelo... pero qué más da. En un barco estaría siempre alborotado.

Te sientas, cierra de nuevo los ojos. Escuchas la voz, ronca y profunda, de un hombre que canta mientras recorre el vagón, la gorra extendida en la mano. Entona la canción alegre de un marinero. Sonríes. El convoy se detiene en seco.

Tres, siete. Diez minutos. El hombre sigue cantando, tararea la canción en tu cabeza. El resto de la gente comprueba la hora, suspira, se revuelve. Una voz anuncia por megafonía que el tren está averiado, da las instrucciones para abandonarlo y regresar a la estación más cercana "caminando siempre hacia la derecha". Las puertas se abren, el penúltimo en bajar es el hombre que canta; Toma la dirección contraria al resto. Dudas unos instantes, después sigues sus pasos. Cantas. Enseguida sientes una corriente de aire fresco que golpea tu cara, una luz distinta al fondo del túnel. Os sobrepasa un pájaro, volando en la misma dirección.



Segundo Premio:

“El mago”

Sarah Babiker Moreno

Nadie le mira, solo la niña. Le da al play del viejo discman que corona un altavoz atado a un carro. El metro arranca. La línea cinco es ruidosa, a su bafle le falta entusiasmo y él lleva vino en la voz. La música, que debería ser festiva, no alegra a nadie.

Y nadie le mira, solo la niña. Quienes conversan no bajan el tono. Quienes escriben whatsapp buscan meticulosamente el emoticono ideal. Quienes tienen la mente en cuentas que no salen, listas de tareas que no acaban, sueños que se alejan, esos tampoco reparan en su presencia. Le da igual. Si aún le importara no reuniría el valor suficiente para bajar al subsuelo, con su chistera, su kit de prestidigitador de bazar chino, y sus trucos de usar y tirar: ilusionismo pirata. Se pone

una sonrisa como quien se pone una barba de fibra negra. Y empieza.

Nadie le mira, solo una niña. Un cuaderno blanco se torna ilustrado a golpe de varita. Sentada junto a su padre, la niña se arrima al borde del asiento. En el bolsillo del mago, tres pañuelos de colores se vuelven uno. Ella alarga el cuello cuan tortuga fascinada. Tiene otro truco preparado, quiere anunciarlo. Tose ruid

oso. Nadie le escucha, solo la niña. El servicio de megafonía anuncia indolente la próxima parada. Claudica: se saca la chistera, la pasea –puro trámite– entre el impermeable público. La música se extingue, el show terminó. Vuelve hacia el carro, el sombrero vacío, ya se ha quitado la sonrisa. La guarda junto a sus cosas.

Nadie mira, solo la niña. Tiene los ojos tan abiertos que parece mirar por todos los que no miran. Entonces el hombre junta las manos, cierra los ojos, canturrea un conjuro milenario y gira las palmas hacia arriba. Una bandada de estrellas salvajes echa a volar por el techo del vagón. Refulgen fugaces y se esfuman justo antes de que el metro entre en la estación.

Nadie lo ha visto, solo la niña. Ríe bajito mientras el mago desaparece por el andén.



Tercer Premio:

“Sin título”

Guillermo Moral Saíz

Eran las nueve de la mañana. Estaba cansado. Iba al taller donde llevaba trabajando unos cuantos meses, a ver cuánto duraba esta vez el curro... Todavía quedaban muchas paradas, y es la línea 6 así que al menos 45 minutos le quedan para llegar a su destino. Ve un sitio libre y decide sentarse, allí se acomoda y se embauca en sus pensamientos. Echa una mirada, ¿qué estación es? Legazpi. Los viajes de metro se le hacen eternos. Observa, por la ventana del metro, unos ramos de flores en un rincón de la estación. Ah, recuerda justo hoy hacen 10 años del asesinato de Carlos Palomino, un antifascista de 16 años que recibió una puñalada a manos de un militar neonazi. Sigue dándole vueltas al tema y finalmente cae dormido. Sueña

que está dormido, en un camión, un estruendo muy fuerte precedido de un silbido lo despierta. Alguien lo agarra del brazo y lo saca de allí. Se encuentra en Ucrania, de pronto se ha convertido en un brigadista internacional y se encuentra en la milicia luchando contra el gobierno fascista de Poroshenko. Les acaban de bombardear. Por suerte, su compañero consigue sacarle antes de que la metralla destroce el camión. Oye un teléfono. Lo busca durante al menos 40 segundos, deja de sonar e inmediatamente vuelve a sonar. Finalmente cae en que el sonido es de otro mundo, y se despierta sobresaltado. Coge la llamada. Es su jefe, llega tarde otra vez. Joder, mierda, pero que parada... Todavía en Legazpi, había pasado 1 hora y seguía en el mismo sitio. Recordó que la línea 6 es circular. Estaba despedido.



Cuarto Premio:

“Dos ciudades”

Isaac Begoña Ortiz

Un metro de 350 palabras

Mi nombre es Ajla. Hace tiempo que llegué a Madrid.

Recuerdo bien como empezó todo. A finales de los ochenta se empezó a predicar en iglesias y en mezquitas un nacionalismo rancio. Discurso que también iba creciendo durante mítines en polideportivos de las grandes ciudades y en las humildes tarimas de pequeños pueblos. Ahí estaban gritando los curas, imanes, y políticos de todo pelaje, llamando a la revuelta contra el vecino, quien invariablemente tenía la culpa de todo.

Luego, cuando llegaron los Khalashnikovs y los miles de tarados merodeando por los bosques, fue demasiado tarde.

El primer año nada más llegar desde Sarajevo, pronúnciese la jota como la i griega que tiene la palabra inglesa yes, estuve viviendo en un piso de Usera con otras refugiadas bosnias. Repartíamos panfletos de restaurantes para extranjeros por la zona de Atocha. Si había suerte limpiábamos oficinas sin contrato para Admir, un hombre turco que tenía contactos. Recuerdo que los domingos cogía mi guitarra y me iba cantar en el pasillo de metro que hay entre las estaciones de Banco de España. Más que por ganar unos euros, para mí era una forma de terapia.

Esta es la letra de mi mejor canción, aunque como estaba cantada en bosnio no entendía nadie:

CRECE SALVAJE

Giraré el pomo de la puerta

Sin mirar atrás

Para ir otra vez a Sarajevo.

En esta ciudad,

donde el tiempo no pasa por los muros,
por las calles y los versos.

Y qué decir de esa luz sobre el Miljacka

con los tranvías de fondo,

Lugar donde tu risa ayer

volaba ebria hacia la tormenta.

Muchos años después sigo aquí. En primavera cambio el Retiro por el Metro. A veces pienso en Yugoslavia, un país que fue mi casa y ya no existe.



Quinto Premio:

“Despertares”

Elena Diego-Madrado Zarzosa

Un metro de 350 palabras

Alcanzar el vagón le supuso un esfuerzo considerable que alivió con un sonoro resoplido, ahora ya, sereno y apoyado en la puerta que acababa de traspasar.

Elegió de entre todos los asientos libres uno junto a una joven. Frente a mí.

Se acomodó. Se atusó el pelo lacio, grasiento, pasando sus manos repetidamente sobre él. Con unos sonoros lengüetazos, humedeció sus dedos índices y los deslizó sobre las cejas. Cerró los ojos y se masajeó la cara.

Yo le observaba a hurtadillas.

Ajeno a miradas y cuchicheos, se incorporó para encontrar su reflejo en el cristal del vagón. Traje raya

diplomática, solapa ancha; pasado de moda, ajado y con la pátina propia de la ropa vieja. Un cetrino pañuelo, con iniciales bordadas, asomaba por el bolsillo superior. Se esmeró en esconder bajo la chaqueta el cuello de su camisa, otrora blanca y ahora biliosa por la falta de luz y aire tras años plegada en un cajón. Recorrió, pulcramente, la línea desdibujada del pantalón y comprobó, desde distintos ángulos, que los zapatos permanecieran brillantes. Acompañó el ritual con furtivas miradas y gestos zalameros, con los que intentaba atraer la atención de las mujeres del vagón y que producían en mí una conocida repugnancia.

Solo una estación más y ¡llegaría a mi destino! Quería perder de vista cuanto antes al viejo verde, al cobarde que envuelto en un halo de hipócrita cordialidad, se aprovecha de sus víctimas para conseguir un roce de su piel, o palpar, sabiendo aprovechar baches y frenazos, las zonas más magras y cálidas de la ultrajadas. Hombres despreciables que pululan por andenes y vagones del metro.

Llegué a mi estación y aliviada, descendí del vagón.

- ¡Señorita, señorita! – Escuché. Me giré y tras de mí estaba él.

Inmóvil por la sorpresa, acepté le papel que me ofrecía: "Hospital La Paz. Habitación 314".

- ¿Es ésta la parada, señorita? ¿Voy bien? – Tembloroso, continuó: - Han trasladado a mi mujer a ese hospital. Ha salido de un coma después de 21 años... ¡Quiero llegar cuanto antes... quiero que ella me vea como la última vez! -

- ¿Señorita, estoy elegante?

Anexo

BASES GENERALES DEL CERTAMEN DE RELATO BREVE "RAIMUNDO ALONSO" UN METRO DE 350 PALABRAS

PARTICIPANTES.- Cada participante puede presentar un relato, que no habrá sido presentado en otro concurso, certamen o premio literario, ni estará publicado. No existe límite de edad.

CARACTERÍSTICAS DE LOS RELATOS.- Los relatos estarán escritos en castellano. Podrán tener cualquier temática y estructura narrativa, pero la historia debe relacionarse de alguna manera con el Metro. LOS RELATOS TENDRÁN UNA EXTENSIÓN MÁXIMA DE 350 PALABRAS.

FORMA DE ENTREGA.- Enviados por correo postal o entregados en mano en el local de la Sección Sindical de Solidaridad Obrera en Metro de Madrid: C/ Valderribas nº 49 2º Izquierda. 28007 Madrid (Tfno: 914335786. Metro Pacífico). O también por correo postal o en mano en el local de la Librería Traficantes de Sueños: C/ Duque de Alba nº 13. 28012 Madrid (Tfno: 915320928. Metro: Latina o Tirso de Molina).

Los relatos deben ir sin firmar dentro de un sobre cerrado, en cuyo interior se incluirá otro sobre con los datos de identificación del autor (nombre, apellidos, edad, y forma de contacto). Este sobre con los datos sólo será abierto en el caso de resultar premiado. Los relatos se entregarán impresos en papel y grabados en un disquete o CD (texto en Word). Los autores de los relatos podrán incluir una breve nota de presentación personal.

Un metro de 350 palabras

PREMIOS.- Los ganadores de los ditintos certámenes podrán adquirir libros en la citada librería por el valor que se determine en cada convocatoria. En el caso de resultar seleccionado algún relato cuyo autor no pueda ser identificado, el premio se entregará al siguiente relato en el orden de calificaciones.

Los cinco relatos serán publicados, al menos, en un número del periódico *Contramarcha*, en la Web del sindicato y en la web de la librería (www.traficantes.net). Los autores de los relatos presentados a cada certamen aceptan ceder al sindicato Solidaridad Obrera y a Traficantes de Sueños los derechos necesarios para la edición en cualquiera de sus publicaciones.

FALLO Y ENTREGA DE PREMIOS.- LA COMISIÓN DE PREMIOS ESTARÁ COMPUESTA POR MIEMBROS DEL SINDICATO SOLIDARIDAD OBRERA Y DE LA LIBRERÍA ASOCIATIVA TRAFICANTES DE SUEÑOS.

LA DECISIÓN DE ESTA COMISIÓN SE HARÁ PÚBLICA OPORTUNAMENTE, DURANTE EL ACTO-FIESTA DE ENTREGA QUE SE CELEBRARÁ EN EL LOCAL DE LA LIBRERÍA TRAFICANTES DE SUEÑOS, SITA EN LA C/ DUQUE DE ALBA Nº 13, 28012 MADRID. (METRO: LATINA O TIRSO DE MOLINA).

En el caso de no ser recogidos en dicho acto, los premios quedan disponibles en el local de la librería Traficantes de Sueños. Además en un aviso y en las webs del sindicato y de la librería serán anunciados los títulos y los nombres (o, en su caso, sus seudónimos) de los autores de los relatos premiados.